

Capitalismo, alienación y bienestar. De la revolución industrial a la *uberización* de la vida económica

Álvaro Perpere Viñuales*

Universidad Católica Argentina
aperpere@uca.edu.ar

Revista Cultura Económica

Año XLI • N°106

Diciembre 2023: 89-103

<https://doi.org/10.46553/ceco>

n.41.106.2023.p89-103

Resumen: Al cumplirse doscientos años del nacimiento de Adam Smith, en el siguiente ensayo me propongo revisar la propuesta del escocés de promover la división del trabajo como forma de organización productiva, y el impacto que tiene en la vida de las personas. En un primer momento compararé lo que considero que son las principales coincidencias y divergencias entre los análisis hechos por Smith y Marx sobre esta cuestión. A continuación, presentaré un experimento mental que he denominado *Experimento Zapallar*, cuyo fin es mostrar la vigencia de la tensión conceptual que hay entre el pensamiento del escocés y el del alemán sobre el tema. En tercer lugar, revisaré, utilizando los marcos conceptuales anteriores, la problemática de la división del trabajo en un contexto en el que, al decir de Zizek, la presencia de un “capitalismo tardío” ha traído un cambio ideológico en las clases trabajadoras.

Palabras clave: División del trabajo; alienación; experimento mental; educación pública; capitalismo tardío; capitalismo clásico

Capitalism, alienation and welfare. From the industrial revolution to the uberization of economic life

Abstract: *In the following essay I propose to review Adam Smith's ideas about the division of labor as a form of productive organization and the impact it has on people's lives two hundred years after his birth. Firstly, I will compare what I consider to be the main coincidences and divergences between Smith's and Marx's analysis on this issue. Next, I will present a mental experiment that I have called the “Zapallar Experiment”, whose purpose is to show that the tension that can be recognised between Smith and Marx's ideas is still alive. Thirdly, I will review, using the previous conceptual framework, the problem of the division of labor in a context in which, according to Zizek, the presence of a “late capitalism” has brought an ideological change in the working classes.*

Keywords: *Division of labor; alienation; thought experiment; public education; late capitalism; classical capitalism*

I. Introducción

Uno de los elementos que más se destaca de la obra de Adam Smith, *La Riqueza de las Naciones*, es su análisis sobre las ventajas que surgen como consecuencia de una forma de concebir a la división del trabajo de un modo mucho más evolucionado al que había sido planteado hasta entonces¹. En efecto, aun cuando algunos de sus contemporáneos habían ya señalado las ventajas de cierta “división del trabajo”, fue el pensador de Kirkcaldy el que llevó la cuestión a un nivel superior. Así, mientras que por ejemplo David Hume o Antonio Genovesi, al hablar del trabajo destacan las ventajas que las sociedades obtienen cuando logran organizarse de un modo en que diferentes personas se ocupan de diversos oficios (zapateros, comerciantes, agricultores), Smith concentra su mirada en la división que se hace en el *interior* de cada uno de estos oficios. El clásico ejemplo de la producción de alfileres, en el que los obreros son distribuidos de tal manera que en vez de producir cada uno de ellos la totalidad del alfiler pasan a realizar solamente algunas partes del proceso productivo y logran de ese modo un aumento exponencial en la cantidad de alfileres fabricados, sirve como base para señalar las principales características de esta nueva organización social que él propone. El trabajo ya no consiste en fabricar alfileres (o zapatos, mesas, etc.), sino en realizar solamente una parte del proceso. Cada uno de los trabajadores, en vez de producir el alfiler completo, se dedica exclusivamente a cortar el alambre, sacarle la punta o afilar la cabeza, según se distribuyan. Esto hace que la persona se concentre en repetir incesantemente el mismo procedimiento, sin perder tiempo en cambiar de tarea y sin distraerse ni un instante. Como señala Smith (2010[1776]: 34-35)², esta concentración a la que las personas llegan al introducir esta división aumenta exponencialmente la cantidad de bienes producidos. Desde entonces, esta nueva organización de la forma de producción ha ido penetrando en todos los espacios de la vida social, al punto de ser considerada como una parte central de una concepción económica usualmente llamada con el genérico término de “capitalismo”³. A doscientos años del nacimiento del pensador escocés, considero oportuno hacer una revisión del impacto que esta idea ha tenido en nuestras sociedades y las disyuntivas a las que, ya desde el tiempo de Smith, aparecen frente a ella. Para ello utilizaré en primer lugar el esquema conceptual propuesto por Adam Smith, y lo contrapondré con aquel presentado en el siglo siguiente por Karl Marx. A continuación intentaré mostrar, por medio de un “experimento

mental” creado por mí, la permanencia, todavía hoy, de esa en principio irreconciliable oposición y valoración que tienen estos autores sobre el tema de la división del trabajo. Luego de un breve *excursus*, presentaré lo que creo que son las principales conclusiones y los desafíos futuros.

II. Dos visiones sobre la división del trabajo y la alienación: Adam Smith y Karl Marx

1. Los “alfileres” de Adam Smith

Una evaluación rápida sobre los párrafos de *La Riqueza de las Naciones* dedicados a explicar y justificar a la división del trabajo lleva a veces al lector a una mirada exageradamente optimista y positiva respecto de las ventajas que esta genera. Una revisión completa de esos mismos capítulos muestra, en cambio, que aunque Smith se muestra claramente a favor de la introducción de esta nueva forma de organización económica, es también plenamente consciente de que su implementación da como resultado también algunos aspectos negativos, o al menos, no tan positivos.

El primer punto que merece destacarse es que, como señala Smith ya en el primer párrafo de la *Riqueza de las Naciones*, la división del trabajo no apunta a generar, al menos en primer lugar, un crecimiento de la felicidad de los trabajadores, sino un “mayor progreso de la capacidad productiva” (Smith, 2010[1776]: 33). Este mayor progreso produciría, en una sociedad bien gobernada, un aumento general de la riqueza, incluso para los miembros de las clases más pobres. En otras palabras, la división del trabajo no es otra cosa que un modo en que podemos producir más y mejor. Sin embargo, queda sin responder una cuestión fundamental. ¿Por qué se desea aumentar la producción? ¿Cuál sería el motivo por el que las personas querrían ver crecer la riqueza, incluso la propia? ¿No es cierto, como señalara Epicuro, que con un poco de pan y agua el sabio es igual a Júpiter mismo? (Gilson, 1952: 262) ¿Para qué queremos ser más ricos? El comienzo de la *Riqueza de las Naciones* elude este problema, y parte de la asunción de que es mejor aumentar la riqueza. En la Introducción puede verse que el escocés claramente elogia a las naciones “prósperas y civilizadas” y las contrapone con las naciones “salvajes de cazadores y pescadores” (Smith, 2010[1776]: 27-28). No llama por eso la atención de que al final del primer capítulo, Smith termina señalando que gracias a la división del trabajo

las comodidades de un príncipe europeo no siempre superan tanto a las de un campesino laborioso y frugal, como las de éste superan a las de muchos reyes

africanos que son los amos absolutos de las vidas y libertades de diez mil salvajes desnudos (Smith, 2010[1776]: 43)⁴.

Como claramente se puede ver, nada se dice acerca de la felicidad y la satisfacción que alcanza ese sencillo trabajador inglés. Solamente se señala que, a nivel de riqueza, la situación material que él alcanza gracias a la división del trabajo es claramente más holgada que la de los “reyes africanos”.

Un segundo elemento se puede ver en aquellas partes en que Smith se aboca a revisar los efectos que tiene la división del trabajo en la vida interior de los trabajadores. A pesar de no ser el punto más desarrollado en la obra, Smith proporciona en diversos pasajes algunas descripciones generales de la vida de las personas que han aceptado este nuevo modo vida, en el que se ha impuesto la división de trabajo como la forma de organización de la producción y el trabajo. En esos párrafos, Smith reconoce abiertamente que el vínculo entre felicidad y el mundo del trabajo que él propone es algo conflictivo.

Un primer lugar en donde se puede encontrar esto es en el mismo capítulo primero, en el que enumerando las ventajas de la división del trabajo, Smith se enfoca en mostrar que uno de sus efectos benéficos es la generación de nuevos adelantos tecnológicos. Sin embargo, puesto a precisar este punto, la descripción que hace de la situación es sorprendente. El párrafo merece ser citado largamente:

En las primeras máquinas de vapor había un muchacho ocupado, de una manera permanente, en abrir y cerrar alternativamente la comunicación entre la caldera y el cilindro, a medida que subía o bajaba el pistón. Uno de esos muchachos, deseoso de jugar con sus amigos, observó que atando una cuerda en la manivela de la válvula, que abría esa comunicación con la otra parte de la máquina, aquella podía abrirse y cerrarse automáticamente, dejándole en libertad de divertirse con sus compañeros de juegos. Así, uno de los mayores adelantos que ha experimentado ese tipo de máquinas desde que se inventó, se debe a un muchacho ansioso de economizar su esfuerzo (Smith, 2010[1776]: 40).⁵

Como se puede ver, si uno hace a un lado el efecto benéfico de la división del trabajo (la creación de adelantos tecnológicos) la tarea concreta realizada por el joven aquí descripto dista mucho de ser un trabajo inspirador y gratificante. Por el contrario, es de una monotonía absoluta, volviendo a quien lo realiza una especie de máquina, y estando a su vez rodeado de ellas. Pero lo que es central, a mi juicio, es que el mismo Smith señala que aun

cuando este trabajo pudiera permitirle eventualmente un mayor ingreso en términos monetarios, el joven, en su fuero íntimo, no quería estar allí, siendo parte de este proceso repetitivo y aburrido, sino que quería estar “con sus amigos”. En otras palabras, el mismo escocés reconoce que este tipo de tarea es algo que no querría ser realizado por nadie, y que el ingenio con que se inventan estas nuevas máquinas no es resultado de un entorno social rico y estimulante, sino uno aburrido y repetitivo. La creatividad surgiría como un medio de escape de este entorno, precisamente por querer huir de él.

Un segundo párrafo donde se puede encontrar esta revisión sobre los efectos de la división del trabajo en las personas puede verse en el libro V, cuando Smith se concentró en revisar la conveniencia o no de la educación pública. Dentro de este contexto, Smith señala que uno de los problemas al que se enfrenta la sociedad es que la división del trabajo termina embruteciendo al hombre. La constante repetición de la misma actividad, uno y otro día, acaba destruyendo su inteligencia, volviéndolo “bruto e ignorante”. Conviene, creo, citar ese texto *in extenso*, pues a veces se lo pasa por alto al comentar la obra del escocés:

Con el desarrollo de la división del trabajo, el empleo de la mayor parte de quienes viven de su trabajo, es decir, de la mayoría del pueblo llega a estar limitado a un puñado de operaciones muy simples, con frecuencia sólo a una o dos. Ahora bien, la inteligencia de la mayoría de las personas se conforma necesariamente a través de sus actividades habituales. Un hombre dedica toda su vida a ejecutar unas pocas operaciones sencillas, cuyos efectos son quizás casi siempre los mismos, no tiene ocasión de ejercitar su inteligencia o movilizar su inventiva para descubrir formas de eludir dificultades que nunca enfrenta. Por ello pierde naturalmente el hábito de ejercitarlas y en general *se vuelve tan estúpido e ignorante como puede volverse una criatura humana*. La torpeza de su mente se torna no sólo *incapaz de disfrutar o soportar una fracción de cualquier conversación racional*, sino también de abrigar cualquier sentimiento generoso, noble o tierno, y en consecuencia de formarse un criterio justo incluso sobre muchos de los deberes morales de la vida privada (Smith, 2010[1776]: 717).⁶

Frente a este resultado, no solamente no querido sino indeseable, generado por la división del trabajo, es que Smith señala que es necesario que la sociedad provea, sobre todo a las clases bajas, de educación pública. Esta educación puede ser no solamente ofrecida sino incluso exigida, sobre todo, a los niños pequeños que, sin este esfuerzo social, quedarían, como él mismo dice, amputados en su humanidad. Frente a la degradación intelectual a la que lleva la división del trabajo, la educación aparece como una barrera

necesaria y positiva. Sin ella, por el contrario, todo el sistema político, económico y social corre el riesgo de caer, víctima de una mayoría que a fuerza de no hacer otra cosa que realizar esas pocas operaciones, se ha embrutecido y que no puede entender ni las cosas más básicas de la vida pública (Smith, 2010[1776]: 722)].

Dicho todo esto, se puede reconocer que Smith considera que la división del trabajo es claramente beneficiosa para la sociedad, pero dista de ser la propuesta de una organización social perfecta o ideal. Su superioridad frente a la organización que había antes de la instauración de la división del trabajo, propia por ejemplo de épocas feudales, radica, como se dijo antes, en que ella permite a las clases bajas vivir mejor y lograr bienes que, sin la existencia de esta división, jamás podrían tener. Esto se da, sin embargo, aceptando un modo de trabajo que lleva a los trabajadores a una fuerte mecanización, despersonalización y subordinación, cuyo resultado a juicio del escocés supera los costos humanos del mismo. Para Smith, el bienestar material alcanzado sobre todo por las clases bajas cubriría con creces el costo existencial que conlleva la división del trabajo. A su juicio, la adopción de este sistema da, globalmente analizado, una situación mejor.

2. La respuesta de Marx en los Manuscritos Económico-Filosóficos

En sus obras, pero quizás de un modo especial en sus *Manuscritos Económico-Filosóficos*, Karl Marx parece haber revisado este elemento presente en la descripción smithiana, pero a diferencia de lo dicho por el escocés, deduce de lo anterior conclusiones muy diferentes⁷.

Puesto a describir cómo funciona la división del trabajo, la semejanza con lo dicho por Smith es casi total. Entre otros puntos, Marx también señala que ella ha traído importantes beneficios materiales, sobre todo si se considera que ha permitido un aumento de la producción total de bienes. Sin embargo, las diferencias aparecen cuando se analiza el tema poniendo el foco en el trabajador concreto. Para Marx este nuevo sistema ha cambiado la relación de los sujetos con los objetos que ellos producen, generando una transformación radical en la vida interior de las personas. El trabajo moderno aparece en esta etapa de las sociedades como un crecimiento de los bienes producidos por asociado a una absoluta “desrealización del trabajador” (Marx, 1997: 105). A diferencia del período feudal, el sujeto moderno es sometido a “un trabajo bárbaro, que lo convierte en una especie de máquina” (Marx: 1997: 107). Cuanto más crece la división del trabajo más se desvaloriza para

Marx el mundo humano. A mayor riqueza material producida mayor pobreza para el trabajador en cuanto persona (Marx, 1997: 105). Y sobre todo, hay menos *felicidad* para él. Dice Marx: “en su trabajo, el trabajador no se afirma, sino que se niega; no se siente feliz, sino desgraciado; no desarrolla una libre energía física y espiritual, sino que mortifica su cuerpo y arruina su espíritu” (Marx, 1997: 109).

A diferencia de Smith, Marx sin embargo, no cree que esta deshumanización que se vive en el mundo del trabajo pueda compensarse con la ganancia a disfrutar fuera del mismo. Aun cuando actualmente hay más y mejores bienes, y estos se vuelven más accesibles desde el punto de vista económico, las personas, en virtud de la alienación padecida en su tarea cotidiana, quedan imposibilitados de gozar espiritualmente de esos bienes. Al dar un resultado que le es totalmente ajeno, la persona pierde todo interés en él: “Su carácter extraño se evidencia claramente en el hecho de que tan poco como no existe una coacción física o de cualquier otro tipo *se huye del trabajo como de la peste*” (Marx, 1997: 109)⁸. El embrutecimiento al que son sometidas como partes del sistema de producción, aun cuando se intenten mecanismos exógenos para evitarlo, como la educación pública propuesta por Adam Smith, los termina volviendo como “animales”. Dice por ello que el trabajador

solo se siente libre en sus funciones animales, en el comer, beber, engendrar y todo lo más en aquello que toca a la habitación y el atavío, y en cambio en sus funciones humanas se siente como un animal. Lo animal se convierte en humano y lo humano en animal (Marx, 1997: 117).

Esta alienación aparece como una barrera infranqueable que acabará generando, en algún momento, la revolución del proletariado.

La profundidad del problema termina de ser explicitada por él cuando hace referencia a los salarios. Dice en un provocativo texto que el problema central que se da en este contexto industrial moderno está en la relación entre el trabajador y su trabajo, relación esencialmente inhumana. No es que los salarios de los trabajadores son bajos, sino que el problema es más profundo: no hay salario que alcance a dar verdadero sentido a esta vida laboral:

Un alza forzada de los salarios, prescindiendo de todas las demás dificultades (prescindiendo de que, por tratarse de una anomalía, solo mediante la fuerza podría ser mantenida), no sería, por tanto, más que una mejor remuneración de los esclavos, y no conquistaría, ni para el trabajador ni para el trabajo su vocación y su dignidad humana (Marx, 1997: 117)⁹.

La infelicidad que vive el trabajador estaría entonces asociada al trabajo mismo no tanto al salario obtenido.

En resumen, el malestar generado por la vida dentro del mundo de la división del trabajo es para Marx mucho más fuerte que el que supuso Adam Smith. Y las consecuencias de este malestar, de esta felicidad anhelada pero imposible, son la base de la revolución social que cree inexorable y próxima.

3. Radicalidad de la oposición entre las visiones de Adam Smith y Karl Marx

Como he intentado mostrar en los párrafos anteriores, las posiciones de Adam Smith y de Karl Marx aparecen sorprendentemente concordantes en cuanto a la descripción que hacen respecto a la vivencia del trabajador inmerso en el mundo capitalista de la división del trabajo. Allí donde se ha asumido la división del trabajo como forma de organización las personas quedan atadas a tareas repetitivas y mecánicas. Es un hecho para ambos autores que eso de alguna manera afecta a la misma humanidad de los trabajadores. Sin embargo, Smith y Marx discrepan respecto de cómo valorar los beneficios obtenidos por la adopción de esta nueva forma de organización de la producción en relación con el costo que conllevan a nivel emocional. En el caso de Smith, él considera que el resultado final, esto es, el crecimiento del acceso al “lujo” por parte del trabajador promedio compensa con creces el costo espiritual que esta forma de vida trae consigo. Este “malestar” o incluso este “embrutecimiento” es aceptable en virtud de los beneficios finales obtenidos. A esto conviene sumar una acción educativa por parte del Estado que haga que quienes participan de esta nueva forma de producir conozcan acabadamente estos beneficios.

Por el contrario, Marx considera que, aun cuando se conceda que la división del trabajo pueda acabar permitiendo al trabajador a un mayor acceso al lujo (algo que incluso para él podría debatirse) lo cierto es que aun así este sistema económico termina vaciándolo y destruyéndolo en su humanidad. El problema central no es un problema de salarios, dirá Marx, sino de la relación entre el trabajador y su obra. Incluso en el imaginario e hipotético caso en el que todos, capitalistas y trabajadores, obtuvieran el mismo ingreso, generando una absoluta igualdad salarial, aun así el trabajo seguiría siendo indigno en términos humanos, y generando una permanente insatisfacción (Marx, 1997: 117). El núcleo del problema para él es que la relación trabajo-trabajador ha quedado rota con el nuevo modelo propuesto por Smith. Esto termina degradando al hombre a una especie de animal, y por

ello imposibilitado de disfrutar de aquellos beneficios a los que debería llegar gracias a la división del trabajo. Aun cuando materialmente podría adquirirlos, está espiritualmente imposibilitado de disfrutarlos.

Queda así planteado lo que considero uno de los dilemas fundamentales a los que se enfrenta el modelo smithiano. ¿Alcanzan los beneficios económicos logrados por el sistema de organización propuesto por el escocés para compensar el costo “espiritual”, si se me permite la expresión, que implica subsumirse a él?

III. El *Experimento Zapallar*: un intento por resolver la cuestión

En la sección anterior argumentamos a favor de que la prudencia es una. En un intento si no por resolver la cuestión, al menos para hacerla más evidente y mostrar la radicalidad de la oposición entre Smith y Marx, diseñé, hace algunos años, un pequeño experimento mental al que llamé “experimento Zapallar”, inspirado en algunas aproximaciones hechas por filósofos políticos¹⁰. Presenté públicamente estas ideas en el año 2019 ante un grupo de académicos reunidos para debatir sobre las ideas de Adam Smith precisamente en Zapallar, Chile, y desde entonces, lo he puesto a debate en diferentes simposios y encuentros¹¹. Creo que la paradoja que muestra el “experimento Zapallar” permite reconocer con mayor claridad la dificultad fundamental que plantea a la sociedad la organización económica capitalista basada en la división del trabajo.

El ejercicio propuesto es el siguiente:

Imaginemos que una persona se nos aparece y nos hace, espontáneamente, una oferta laboral. El trabajo que nos ofrece es el de realizar diariamente una tarea extremadamente mecánica y repetitiva. Por ejemplo, nos ofrece un empleo que consiste en martillar incesantemente y a un ritmo medianamente sostenido y repetitivo, un clavo. Este clavo estaría puesto de tal modo que no terminaría nunca de entrar en su destino, siendo por lo tanto nuestra tarea un permanente e incesante martillar. La propuesta laboral acepta como un hecho que se cumplirán todas las leyes laborales vigentes: se respetará a rajatabla el horario laboral, los descansos obligatorios y la pausa reglamentaria para comer. Hay también vacaciones pagas e incluso un excelente seguro de salud y de jubilación. Y a todo ello se suma el hecho de que el salario ofrecido es exorbitantemente alto. Por poner una cifra, digamos que se nos ofrece la suma de doce millones de dólares al año (a razón de un millón de dólares por mes, todo libre de impuestos).

La aceptación de la oferta implica, sin embargo, aceptar un requisito muy particular e ineludible. Una vez que se toma el empleo, no es posible renunciar al mismo. En otras palabras, una vez que se consiente iniciar el vínculo laboral, la persona deberá realizar esta tarea repetitiva y mecánica uno y otro día hasta llegar a la edad jubilatoria. Dicho de otro modo, desde el momento en que uno acepta el trabajo (si lo acepta), y hasta el fin de su vida laboral, su tarea cotidiana será la de clavar incesantemente un clavo que nunca ingresa del todo. La paga por esta rutina monótona e interminable será, como se dijo, la nada despreciable suma de un millón de dólares por mes.

La pregunta que se le plantea a quién lee esto es: 1) ¿aceptaría usted este trabajo? Y sobre todo, 2) ¿lo hubiese aceptado al iniciar su vida laboral adulta?

El trabajo aquí descrito no es otra cosa que una especie de tarea de mecanización absoluta y sin sentido. Supone llevar la tarea de la fabricación de alfileres del modo en que fue descrita por Smith, a un nivel extremo. La contracara de esta mecanización es la existencia de un salario realmente alto, que le permitiría a esa persona vivir, al salir de su trabajo, una vida llena de lujos y placeres. En otras palabras, en sus ratos libres, es decir, fuera del horario laboral y los días de descanso, su nivel de ingresos le permitirá gozar de la posibilidad de disfrutar de los mayores lujos, sean estos materiales o culturales. En su tiempo de trabajo, sin embargo, deberá ceñirse a esta perpetua repetición monótona y sin sentido.

En mi opinión, la respuesta que se da al “experimento Zapallar” manifiesta el valor que cada uno da a la relación entre alienación y división del trabajo. Aquellas personas que tengan una visión de la vida, y sobre todo, de la vida laboral, cercana a Smith, sin duda considerarían lo más razonable aceptar la oferta. Después de todo, sería la posibilidad de cumplir acabadamente la propuesta del escocés: mecanización laboral a cambio de mayor acceso al lujo en el tiempo libre. Y de hecho, la gran mayoría de los trabajos surgidos dentro de la organización económica moderna son repetitivos, monótonos y rutinarios, y son en usualmente aceptados por salarios muchos menores que el aquí ofrecido.

Sin embargo, en este tiempo he encontrado que mucha gente responde a la pregunta diciendo que no aceptaría el trabajo, o que reconociendo que aunque actualmente lo aceptaría no lo hubiese aceptado al comenzar su vida laboral adulta. A mi juicio esto muestra que la crítica marxista tiene un

fundamento más fuerte que el que parece. En efecto, en la medida en que hay personas que no están dispuestas a entregar su vida laboral a esa inhumana mecanización, incluso con la promesa de un salario de esa magnitud, muestra que en su fuero íntimo mucha gente quisiera, al menos idealmente, que su vida laboral fuera algo más que una mera repetición mecánica de operaciones destinada a obtener un sustento, por más suculento que fuera el dinero recibido. Aun cuando el salario les permitiría no solamente cubrir las necesidades básicas, sino que les daría también la posibilidad de disfrutar de algún goce o placer, incluso de muchos goces y placeres, esto no parece ser suficiente razón para aceptar. Quien considera como razonable rechazar esta oferta implícitamente está señalando que a su juicio la vida laboral no encuentra su sentido solamente en el resultado externo que da lo producido, sino también en el hecho mismo de producirlo, es decir, en la vivencia personal y cotidiana de trabajar. Para quien no acepta la propuesta el trabajo no es solamente *el medio por el que se gana la vida*, sino también y al mismo tiempo, *un espacio de realización personal*. En estos casos en que se responde negativamente a la propuesta del experimento Zapallar, sin embargo, la mayor paradoja se da ante el hecho de que, aun cuando planteado este experimento abstracto dicen rechazar la mecanización y la monotonía laboral, y no aceptan la propuesta, curiosamente sí lo hacen en el mundo concreto, al insertarse sin grandes cuestionamientos en la vida económica contemporánea. En efecto, esta está usualmente regulada por la división del trabajo. Aunque cuestionado por el experimento Zapallar, si se observa a la vida misma, Smith parece salir nuevamente victorioso. La mayoría de las personas aceptan este tipo de trabajos.

IV. *Excursus*: Uber o el último estadio de la alienación

Entre las nuevas formas de empleo que han crecido en la última década, y en nuestro país, quizás sobre todo en el último lustro, es el usualmente representado por el trabajo vinculado a aplicaciones como Uber o Rappi. Este tipo de organización económica supone una nueva forma de relación laboral, en la que la clásica tensión entre el empleador y el empleado ha quedado diluida bajo una nueva forma de relación, concebida como una “asociación”. Por el lado de las empresas, lo que ofrecen a quien quiera unirse a ella es defender “tu derecho a moverte y generar ganancias con seguridad” y que “puedas generar ganancias a tu manera”¹². Para ellas, quienes se unen a su plataforma no son “empleados” ni “clientes” sino que son “Aliados”¹³. Desde el punto de vista de los trabajadores, quienes representan la mano de obra de estas organizaciones no viven su relación laboral como la de un “trabajador”

que debe reportar y dar cuenta de sus actos a un “propietario”, dueño del medio de producción, sino como la de un “cuentapropista”, es decir, como un socio independiente del proyecto, concebido además como un “proyecto común”. Con una flexibilidad horaria casi absoluta, y una jornada laboral ordenada por el propio trabajador en función de sus intereses y deseos, aparece una situación totalmente novedosa y disruptiva frente al clásico esquema laboral que ha regido el mundo industrial desde el siglo XIX.

En efecto, las leyes de protección social buscaban regular el máximo de las horas de trabajo, las vacaciones y, en general, los derechos del trabajador, concebido como un sujeto que estaba en debilidad frente al patrón. Esta debilidad (y eventual necesidad de cierta protección) había sido incluso reconocida por Adam Smith (2010[1776]: 110-114). En esta nueva situación, las personas miran con lejanía (y quizás también con cierto desdén) todo este marco regulatorio laboral y sindical, y ello sobre la idea (cierta o no) de que ellos y ellas no son “trabajadores” sino “socios” o incluso “emprendedores”. Esta sensación de ser absolutamente dueño de uno mismo, del propio tiempo y su energía, y de algún modo “accionistas” del proyecto, genera en los sujetos una nueva situación psicológica.

¿Es esta forma de trabajo una superación del modelo smithiano o es, en cambio, su triunfo definitivo? ¿Es la uberización de la economía la imposición final, incruenta y hasta feliz, de la alienación capitalista o es por el contrario, la llegada de una nueva etapa donde el proletariado desaparece y es suplantada por una masa casi infinita de pequeños burgueses?

En rigor, todo indica que quienes aceptan ingresar en esta modalidad terminan trabajando muchas más horas semanales que las que dedican aquellos que tienen un empleo tradicional. Por su situación, los primeros son regulados por leyes laborales mucho más flexibles que las que tienen aquellos que viven todavía ocupados en alguna de las ahora antiguas formas de empleo “industrial”, con sus ventajas y sus desventajas. Fuera de la relación empleador-empleo hay ciertamente más libertad de horarios y más independencia, y también hay más cantidad de horas dedicadas a la producción. La justificación final de todo ello radica en la confianza en que ambas cosas son aceptadas *libremente* por las personas al ingresar en esta nueva relación contractual.

Al igual que con lo sucedido con el “experimento Zapallar”, aparecen ante este nuevo fenómeno dos lecturas diferentes. La primera, positiva, ve en esta situación la llegada a la etapa final de la propuesta smithiana. Lo que

estamos viviendo es su culminación. Decía Adam Smith que al terminar de instaurarse la sociedad comercial, todas las personas seríamos, en última instancia, “mercaderes” (Smith, 2010[1776]: 55). Esto es lo que estaría sucediendo ahora. La instauración definitiva y final de la *commercial society*.

Pero es posible reinterpretar esto también en clave marxista. Quien parece coincidir con esta tesis es Slavoj Žižek. En un breve escrito presentado hace unos pocos años, Slavoj Žižek presenta una interpretación alternativa a la situación actual. Preguntándose por la vigencia del análisis de Marx, Žižek señala que la revolución anunciada por el alemán aparece hoy en día mucho más lejos de lo que esperado.

El triunfo de esto que Žižek llama el “capitalismo tardío” radica en que ha hecho creer a todos los trabajadores que han alcanzado un grado supremo de libertad. En otras palabras, puede que quien acepte la *uberización* lo haga creyendo honestamente que lo hace libremente, pero en verdad no es así. Dice Žižek: “nos hemos convertido en emprendedores del yo, que actuamos como capitalistas que tienen que elegir libremente como invertir los recursos que poseen” (Žižek, 2018: 39). De este modo, se pierden libertades y derechos, y se los acepta bajo la errada creencia de que se los está ampliando. Hay una precarización creciente y dramática del trabajo de las clases bajas. Esto, que en la visión clásica de Marx debería llevar necesariamente a la revolución social es frenado por este nuevo paradigma ideológico. La sensación de libertad anula el efecto de la alienación. Y así,

el trabajo presenta (y hasta cierto punto también se experimenta) como una nueva forma de libertad: ya no soy un engranaje en una empresa, sino un emprendedor del yo, soy mi propio jefe y tengo libertad para gestionar mi trabajo, escoger nuevas opciones, explorar aspectos distintos de mis potenciales creativos, escoger mis prioridades (Žižek, 2018: 62-63).

También desde esta perspectiva pareciera que la propuesta smithiana, en su nueva versión posmoderna, ha vencido la crítica marxista.

V. Conclusiones

Con la caída del Muro de Berlín, muchos dieron por muerto el proyecto político marxista. Concebido como resultado de un análisis “científico” de la realidad social, es decir, como un proyecto que anunciaba lo que era un evento futuro e inevitable, la dramaticidad que generó la caída del Muro y del régimen comunista europeo en general, brindó buenas razones para animarse

a declarar su defunción. A más de treinta años de ese acontecimiento, la posibilidad de una revolución del proletariado, o siquiera la instauración de un sistema como los surgidos a comienzo del siglo XX e inspirados en la obra de Marx suena no solamente imposible, sino anacrónico. Pero si su revolución parece que no se dará (al menos, no en lo inmediato), su crítica al sistema económico y social permanece sorprendentemente activa, quizás porque, contra lo que se cree, es de algún modo concordante (en parte) con la propuesta original de *La Riqueza de las Naciones*.

La organización capitalista del mundo, y en especial, la división del trabajo que propuso Adam Smith ha traído un desafío crucial a las personas. El propio escocés lo había anunciado en su obra, la cual a veces fue leída de un modo demasiado optimista. La división del trabajo, especialmente en aquellas personas llamadas a realizar trabajos excesivamente monótonos y repetitivos (que son la mayoría en cualquier sociedad moderna), “embrutece” y “animaliza”. Es necesario, decía Smith, tomar medidas concretas para evitar los problemas que se generan. Hay que hacerle ver a la gente de la ventaja que esta organización le provee: un mayor acceso a los bienes. Y también hay que fomentar instituciones sociales, como la escuela pública, concebido por él como un espacio donde las personas pueden acceder a una visión del mundo y de la vida verdaderamente humanos y evite la degradación intelectual. Marx, a su vez, respondió que esas medidas no alcanzarán a frenar el malestar, y que el resultado final sería un cambio de régimen.

Llegados al siglo XXI, la división del trabajo propuesta por Smith goza de buena vida. Pero ha sufrido una tremenda mutación. Cada vez más, los trabajadores ya no se conciben a sí mismos como trabajadores, sino como emprendedores. Disuelta la oposición entre trabajador y empleador, muchos de los efectos predichos por Smith y por Marx quedan también diluidos. Sea esto producto de un gran engaño, de una gran manipulación, o sea producto de una evolución del sistema, lo cierto es que algo diferente se presenta ante nosotros, y que se hace visible en esto que he llamado la *uberización* de la economía. Sin embargo, y a pesar de todas las carencias que se le reconocen a nuestra organización económica actual, todo indica que lo esencial de la propuesta smithiana de la división del trabajo permanece ante nosotros como la forma usual en la que ordenamos nuestra vida productiva.

Referencias bibliográficas

Smith, A. (2010) [1776]. *La Riqueza de las Naciones*. Alianza.
Gilson, E. (1952). *El espíritu de la filosofía medieval*. Emecé.

Marx, K. (1997). *Manuscritos de economía y filosofía*. Alianza.
Zizek, S. (2018). *La vigencia del Manifiesto Comunista*.

¹ Aun cuando otros autores habían ya vislumbrado la importancia de la división del trabajo, Smith hizo de esta idea el centro de su reflexión.

² Los textos en español, salvo aclaración, están tomados de esa edición.

³ La propia definición de “capitalismo” ha generado múltiples debates que exceden por mucho el tema de este ensayo. En todo caso, a los efectos prácticos asumo que hay una aceptación general de que ese es el nombre que actualmente se da a la organización económica que, más allá de sus lógicas diferencias, prima dentro del mundo contemporáneo.

⁴ También puede verse en la Introducción: “un trabajador, si es frugal y laborioso, puede disfrutar de una cantidad de cosas necesarias y cómodas para la vida mucho mayor de la que pueda conseguir cualquier salvaje”.

⁵ Me separo de la traducción de Alianza levemente.

⁶ El énfasis es mío.

⁷ Esta obra representa un período especialmente particular dentro del pensamiento de Marx, y es un momento donde el alemán analiza de un modo particular los escritos de Adam Smith y sus resultados sociales. Cfr. Alvarez, R. (2009). Introducción. Marx, K., *El 18 Brumario de Luis Bonaparte* (p. II). Prometeo.

⁸ Mi énfasis.

⁹ Mi énfasis.

¹⁰ Aunque la idea de “experimento mental” es anterior a él, lo que terminó por confirmarme en avanzar con este modo de análisis fue la lectura de la “Maquina de las experiencias” de Nozick. Cfr. Nozick, R. (2017). *Anarquía, Estado y Utopía* (pp. 53-55). Fondo de Cultura Económica.

¹¹ La primera versión la compartí con Nicolás Maloberti y con Aldo Mascareño, a quienes agradezco de un modo especial los comentarios, sugerencias y críticas, tanto las hechas ese primer día como en encuentros posteriores.

¹² De la página de Uber en Argentina. https://www.uber.com/ar/es/about/?uclick_id=2df35f17-342f-40e8-8954-cedfo7b6972f. Acceso 27 de diciembre.

¹³ De la página de Rappi, en su blog. https://blog.rappi.com/?_gl=1*funiex*_ga*MTQ4NDU4NzU4NS4xNzAzNjg2MjIx*_ga_FGJHX7E4KW*MTcwMzY4NjIyMS4xLjEuMTcwMzY4NjU3OS4xNi4wLjA.&_ga=2.124685322.1404017831.1703686221-1484587585.1703686221. Acceso 27 de diciembre.